

El Panorama universal

AÑO IV.

DOMINGO 4 DE MAYO DE 1862.

NUM. 150.

Con arreglo á la ley de propiedad literaria y convenios existentes, queda prohibida la reproduccion de los grabados y la traduccion de los artículos de este periódico.

SUMARIO. Grabados.—S. M. el Rey Victor Manuel.—Ataque de las posiciones enemigas en Long-Kien (Cochinchina) el día 19 de enero de 1862, por la vanguardia franco-espa-

ñola.—Subida á la gran pirámide de Egipto.—Vista de la gran pirámide, de la esfinge, y de las excavaciones hechas en Egipto. Texto. Crónica de la semana: exterior é interior.—Ejércitos

en los tiempos antiguos.—Nauplia: Recuerdos históricos.—Subida á las pirámides de Egipto.—Batalla de Pittsburg-Landing.—Con el Ejército todo, sin el Ejército nada.—Una triste epopeya.—Novela.

CRONICA DE LA SEMANA.

EXTERIOR.

A batalla de Pittsburg, el viaje del Rey Victor Manuel á las provincias del Mediodía de Italia, el del Sultan á recorrer algunos distritos de la costa del Asia, y finalmente la rendición de Nauplia, son los sucesos que han ocupado principalmente la atención de los políticos durante la última semana.

El primero de estos sucesos que cada una de las partes beligerantes traduce á su manera, merece al *Morning-Post* la opinion de «no ser mas que el principio de una serie de luchas, que por la destruccion de existencias humanas que han de producir, carecerán de ejemplo en los anales del mundo.»

Pavorosa es, ciertamente, la profecía, pero otro tanto creemos que habria podido decirse siempre que los encontrados intereses ó enconada voluntad de dos pueblos, los ha traído al terreno de una lucha decisiva.

Pues qué, ¿no pierden en esas terribles pruebas los combatientes fuerzas sin las cuales toda la impetuosidad del mas brioso encono queda reducida á la nulidad? En el fondo del desastre ¿no hallará el mas exagerado amor propio desengaños que modifiquen sus pretensiones?

Lejos, por consiguiente, de aceptar esa opinion del *Morning-Post*, podria decirse que la batalla dada cerca de Corinto anuncia el próximo fin de la fratricida lucha, pues alguno de los dos adversarios, comprendiendo que no puede vencer al otro sin causar simultáneamente su ruina, concluirá por convenir en un compromiso que, de haber sido propuesto y aceptado desde el principio de la guerra, hubiera ahorrado

T. IV.

mucha sangre á la América, y la crisis comercial que se está sintiendo, á la Europa.

Por lo demás el resultado positivo de la batalla, por mas que el tono victorioso de los despachos emitidos en Nueva-York trate de ensalzarlo, sus mas inmediatas consecuencias aparecen con claridad desde el punto en que se consideran con desinteresada reflexion. No solo no ha sido forzado el Ejército del Sur en sus posiciones, sino que despues de un sangriento combate, en el que segun los partes de sus mis-

mos enemigos se confiesa una pérdida de 18,000 hombres, ha quedado enteramente dueño del terreno que ocupaba antes de la lucha.

Lo que parece muy cierto es que las pérdidas de los confederados han sido superiores á las del enemigo. Puede, con toda probabilidad, elevarse al número de 20,000 hombres.

Lícito es por lo tanto considerar el éxito de una batalla en que los confederados han defendido con bizarría y conservado intactas sus posiciones, como una victoria relativamente considerable para el Ejército del Sur. A beneficio de ella podrá descansar algunos meses, y puesto que se halla en el centro de sus recursos, rehacerse y esperar que los esfuerzos de los federales se paralizen por la venida de los grandes calores.

Por lo que toca al viaje del Rey Victor Manuel á Nápoles, un diario extranjero que constantemente se ha mostrado afecto en sumo término á sus intereses, se espresa de este modo: «Hace meses que manifestamos deseos de que el Rey visitara las provincias meridionales. Hoy que esto es un hecho positivo tenemos que espresar otro deseo; tenemos otro consejo que dar: No renueven los Ministros de Victor Manuel la falta que se cometió en el último viaje del Rey á Nápoles. No se pierdan de vista el carácter y costumbre de los napolitanos para quienes la monarquía debe destacarse distinta y significativamente en primer término, si ha de dárseles á comprender en buen sentido el mecanismo de las instituciones constitucionales. Procúrese ante todo que el Rey Victor Manuel adquiera popularidad en Nápoles. Este es uno de los medios mas eficaces y una de las condiciones mas necesarias para la asimilacion nacional de las provincias meridionales con el resto de Italia.»

Para conseguir esta popularidad parece que S. M., durante su permanencia en Nápoles, concederá una amnistía general para todos los delitos cometidos por via de la prensa, ampliándola, si conviene, á todos los reaccionarios bor-



S. M. el Rey Victor Manuel.

bónicos y á todos los refractarios ó desertores que se presenten en el plazo que se les haya fijado ulteriormente.

Asimismo se dice que durante la permanencia de S. M. en las provincias napolitanas, M. Ratazzi establecerá, de acuerdo con los representantes de Francia é Inglaterra, las bases de un programa relativo á organizar una accion comun y enérgica para destruir el brigandaje é impedir el que se vuelva á reproducir.

Mientras se verifica este viaje el Sultan se pone en camino para visitar especialmente Brusa y Esmirna. Dicese que antes de su partida ha enviado instrucciones á Omer-Bajá respecto á la manera de aplicar el *ultimatum* al Montenegro. Hasta el presente no se conoce el sentido en que esta nota definitiva se halla redactada. Tal vez se reduzca á prevenir no se comprometan nuevas operaciones hasta que se hayan recibido refuerzos.

La rendicion de Nauplia, si ha de darse crédito á los telegramas, ha sido mas bien efecto de desavenencias ocurridas entre sus defensores, que de operaciones hechas por los que sitiaban la plaza, y que sabedores acaso de lo que sucedia en el interior de esta, han obrado con plausible discrecion en no aventurar víctimas. Los insurrectos se hallaban, por último, divididos en tres fracciones que no podian convenir sino en pedir un armisticio, acaso para tener tiempo de destruirse recíprocamente.

Un llamado Zimbracani queria huir para siempre de una ingrata patria; otro, cuyo nombre era Artemis, proponia someterse á las circunstancias y rendirse á discrecion; y por último, Grivas, que así se llamaba el tercero, persistia con sus partidarios (¡tres Oficiales!) en no abandonar la fortaleza Palamedes.

El número contenido en el paréntesis es demasiado escaso para que sigamos fijando militarmente la atencion en semejante suceso.

Tenemos noticias de Cochinchina del 14 de marzo.

Los preparativos para la toma de la plaza de Unig-long se llevaban á cabo en la de Mi-Thó, para la que habian salido en varias cañoneras y en el *Forbin* las fuerzas españolas que se hallaban en Saigong y parte del batallon de turcos. Las demás tropas y la artillería se disponian á seguir el mismo camino. El batallon de *zephirs*, que estaba de paso para China, quedaria entre tanto en Saigong á bordo del *Rhone*, con el General O-Mallay.

El General Chaumont permaneceria al frente de las tropas de tierra, y con el mando en ausencia del Almirante, que con el Coronel Palanca salia al día siguiente para Mi-Thó con el objeto de ponerse á la cabeza de las tropas que habian de operar por el Sur y apoderarse de Unig-long.

La cañonera núm. 25 de las de hierro habia reventado, lanzando por los aires los destrozos humanos de una porcion de desgraciados, pues dicha cañonera se hallaba llena de tropa, empleándose en trasportarla. El accidente ocurrió cerca de la plaza de Mi-Thó en el rio Camboga. Treinta y tres, entre soldados y marineros, fueron muertos en el acto; pero de los numerosos heridos que se trasportaron al hospital de Mi-Thó, perecian muchos por lo horroroso de sus quemaduras.

La estacion de las lluvias se aproximaba, y el estado de salud de las tropas no era el mejor, pues habia bastantes casos de cólera, y nuestros aliados en menos de tres meses habian perdido entre muertos y evacuados á Francia por enfermos unos 500 hombres; cifra considerable en su reducido efectivo en aquellos momentos, que no les permitirá guardar ni con mucho la inmensa zona conquistada que parece poco dispuesta á someterse con tanta facilidad como se creia en un principio.

Las víctimas de la explosion de la cañonera fueron de la infantería de Marina francesa. No habia sido muerto ni herido ningun Oficial por hallarse estos á proa y haber sido el estrago en direccion de la popa.

INTERIOR.

Las noticias de nuestra expedicion á Méjico han tomado un giro que no es de nuestra competencia.

Partiendo de suposiciones, ordinario recurso de la exaltacion politica, se establecen conjeturas, que cual si fueran hechos consumados se discuten, admiten ó repudian con

sumo contento de los que fundan gran parte de su beatitud en las visiones.

¿Hemos ido á Méjico á establecer un trono? ¿Ocupará el régio sôllo este ó aquel personaje? ¿Se apoyarán los proyectos de N.º? ¿Se caminará por una senda opuesta? Sobre esto ¡Aplaudid tebanos!

En la série de tales suposiciones, que muy bien podrian hacer creer en el debatido principio de la generacion espontánea, hemos llegado mas de una vez á juzgar verosímil la pavorosa alarma que en la plaza de Gibraltar dicen fué producida allá en cierta ocasion por una mona, golpeando las paredes con una pequeña olla de rancho de cuya angosta boca no podia sacar la cabeza.

Lo que tenemos por muy cierto en lo concerniente á la expedicion, es que nuestros hermanos de armas se captan el afecto por su buena disciplina; que por ahora disfrutan afortunadamente de buena salud y que su cartuchera no está vacía.

Esto es cuanto nos importa, y cuanto con gusto revelamos á nuestros lectores.

El Gobernador de Fernando Póo y sus dependencias participa con fecha 21 de marzo último, no ocurrir novedad y seguir siendo satisfactorio el estado sanitario.

El terremoto que con fecha del precitado mes se dejó sentir en Manila, no ha causado daño ninguno en los edificios, aunque sus sacudidas fueron largas y bastante violentas.

En la rada de Melilla se presentaron, con fecha 23, los vapores *Liniers* y *Barcino*, conduciendo al batallon cazadores de Madrid, y remolcando cada uno un buque de vela con provisiones y efectos de Administracion militar. Dábase por cierto en aquella plaza que atemorizados los marroquíes con la llegada de los refuerzos y aprestos que se están haciendo, han suplicado no se les hostilice, manifestándose prontos á entregarnos el nuevo territorio tan luego como regresen los emisarios que han enviado á Fez.

Despachos telegráficos del 30 anunciaban haber mejorado el temporal en las costas de Africa, en su consecuencia debieron partir para Tetuan todos los vapores disponibles, y es de esperar que la evacuacion se hará con facilidad y prontitud.

F. M.

EJERCITOS EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS.

(Continuacion.)

Las cruzadas enseñaron á permanecer largo tiempo bajo las banderas y á convertir en situacion estable lo que hasta entonces no podia llamarse mas que continuas correrías. Un autor de aquella época se admira de la paciencia que en el sitio de Antioquia manifestaban unos hombres que en su pais no podian permanecer cuarenta dias ni aun en las huestes reales.

No podemos pasar en silencio una estraña milicia que tuvo lugar durante aquellos sucesos de Oriente, y cuyo tipo original no creemos verosímil haya existido en ninguna otra época.

Reuniéronse, dice el precitado autor, algunas bandas de hombres que con pasion se entregaban á todos los horrores de la guerra, sin esperanza ni intencion de aprovecharse de las ventajas que tal vez suele producir. Aterraban al enemigo por solo el placer de derramar su sangre: saqueaban las poblaciones y veian con placer cómo devoraban las llamas las riquezas de los habitantes, empujando con sus picas á la hoguera las telas preciosas y las alhajas que por una rara casualidad se habian desprendido de la comun ruina. *Tafures* se denominaban estos hombres dominados exclusivamente del espíritu de la guerra, y para quienes no habia otro encanto que teñir de sangre sus mugrientas armas y pisar con sus piés desnudos las calcinadas ruinas de alguna fortaleza enemiga. No habia entre ellos mas organizacion ni mas categorías que las de su marcial furor; reunidos en bandas de repugnante aspecto marchaban sembrando el terror y la desolacion abriendo paso al Ejército, y la muerte del camarada que caia despedazado por las agarenas

cimitarras, era para ellos motivo de un festín en que su ferroz alegría estallaba con exaltacion. Habríase dicho que no apreciaban la vida sino en cuanto pudiera servirles de instrumento para dilatar el imperio de la muerte. ¿Qué nueva raza de hombres era esta? ¿Quién les habia enseñado á aborrecer lo que todos amamos? ¿Quién les hacia preferir los harapos, la desnudez casi, á las airosas sobrevestas y pintorescos trajes de los guerreros?

Estas bandas reunidas en un principio por una especie de febril contagio, reconocieron por último un Jefe que, con no menos exaltacion que el último individuo, renegó del esplendor de su noble estado, y adoptando con fanático celo sus costumbres, tomó el poco envidiable título de *Rey de las Tafures*. Dicese que el origen de esta palabra bárbara es árabe, y que su significacion corresponde poco mas ó menos á lo que en nuestro idioma equivale á *truhan* en el sentido de hombre sin vergüenza. ¿Cómo pudieron combinar esa asquerosa cualidad con el espíritu de pundonor y de caballerosidad que debe ser especial distintivo de todo el que acomete la noble mision de manejar las armas y sacrificarse por los sagrados derechos de la justicia?

De todas maneras, el fanático que se vanaglorió de poderse llamar el primero de aquellos insensatos, trató de conservar tan rigidamente el principio del estraño desinterés que al parecer animaba aquellas hordas, que con frecuencia solia registrar personalmente á todos sus individuos y despedir ignominiosamente al que se le encontraba una sola moneda de cobre. Y mientras que esto hacia empleaba la mayor atencion en atraer á su amistad á cualquiera otro guerrero de cuyo desinterés se le daban ventajosas noticias. Aberraciones eran estas que á penas en nuestros tiempos alcanzaríamos á creer no teniendo presentes las confusas costumbres que les dieron origen. Las íntimas relaciones que el carácter de la guerra hacia en cierto modo necesarias entre el cláustro y los campamentos, producian en sus exajeraciones, esto es, cuando se dejaban á merced de la ruda ignorancia, monstruosos abortos de que por fortuna se ha perdido hasta la memoria. Pero sigamos al autor cuyas curiosas noticias venimos extrayendo.

Es increíble, dice, la utilidad de los servicios que tales hombres prestaban al Ejército trasportando viveres, cobrando contribuciones, arrojando piedras durante los sitios, llevando á hombros pertrechos de guerra y destruyendo las balistas y máquinas de los enemigos. El terror que á estos inspiraban escede toda ponderacion, particularmente desde el sitio de Marrah y otros puntos en que empezó á divulgarse el rumor de que se alimentaban de carne humana. Escusado es decir que los *Tafures*, lejos de desvanecer semejante falsedad, contribuian á propagarla hasta el punto de haber asado, segun dicen, en cierta ocasion el cadáver de un turco, como preparándolo para un execrable banquete. De esta manera contribuyeron á hacerse temer de los turcos mas que las fuerzas de ninguna otra potencia.

Las mujeres que acompañaron á los cruzados ocuparon tambien, en mas de una ocasion, un puesto en las líneas de batalla, y siempre se las vió en estos terribles momentos llevar refrescos á los combatientes y exaltarlos al cumplimiento de su deber con palabras y rasgos de sublime abnegacion.

Guibert de Nogent, para dar una idea de las muchas mujeres que habia en el campamento de los cruzados, dice que solo Guillermo, Conde de Poitiers, habia llevado consigo un enjambre de jóvenes. Así se explica lo que afirman otros autores acerca de haber llevado á Siria el Emperador Conrado escuadrones de mujeres armadas como caballeros. Los calzones de ante y las espuelas doradas que distinguian á la que hacia de Jefe de aquellas amazonas, fueron causa, segun Gibbon, de que la denominaran *Dama de las piernas de oro*.

El Ejército sarraceno contaba tambien mujeres organizadas militarmente en sus filas. Antes de la gran batalla de Antioquia se vieron llegar al campo sarraceno muchas mujeres armadas de arco y flechas, y segun relacion de algunos que tomaron parte en aquel suceso pudo, por el gran número de niños recién nacidos que se encontraron despues de la batalla, inferirse que muchas de aquellas reunian la circunstancia de haber manejado las armas en los momentos mas críticos de la maternidad.

La organizacion de las huestes de los cruzados, por muy

imperfecta que en realidad fuese, llamó la atención de algunos caudillos árabes, y estos á su vez quisieron por de pronto ensayar en sus tropas algunos mal compaginados sistemas de disciplina, cuyas cláusulas principales se debían á renegados y desertores de baja condición.

Nada, sin embargo, bastó para conseguir este objeto, contra el cual se sublevó hasta el fanatismo religioso diciéndose que era querer poner trabas al poder de Dios que reparte, según le place, los beneficios de la victoria.

No es de admirar que dando oídos á tales sofismas se hayan quedado aquellos pueblos tan atrasados en el camino de la civilización.

S. C.

NAUPLIA.—RECUERDOS HISTÓRICOS.

(Conclusion.)

Tan impasible serenidad desalentó á los turcos, y enviaron parlamentarios al consejo de los helenos. Hallábase este reunido entre las ruinas de la antigua Tirinto, en medio de aquellos titánicos muros edificadas por los ciclopes, y que los siglos no han podido derribar. Presentó el comisariado turco una capitulación, previas ciertas condiciones, y los griegos cometieron la falta de aceptarla. Si los de Nauplia no recibían socorro en el término de cuarenta días, se obligaban á entregar la plaza; pero entre tanto, los sitiadores habían de permitir entrar diariamente en ella el alimento que la guarnición pudiera necesitar en el término de veinticuatro horas. Cangeáronse rehenes, y los turcos entregaron en garantía de su palabra la pequeña isla de Burdzi que domina la entrada del puerto.

Los sitiados habían calculado con exactitud, salvaban una plaza reducida al último apuro, pues sabían que el Serasquier Dramali avanzaba contra el Peloponeso con un Ejército de 30,000 hombres. No habían pasado quince días de la capitulación, cuando Atenas estaba ya otra vez en poder de turcos; Corinto y Acrocorinto habían vuelto á caer en su poder por un golpe de mano, y sus formidables escuadrones se presentaban en las gargantas del valle de Argos. Iba á encenderse una terrible lucha, mas para comprenderla, hay que tener una idea de la topografía del país.

El valle de Argos, que comunica con el Norte por el desfiladero de Trete que serpentea entre las altas montañas que lo rodean, tiene cerca de 15 kilómetros de extensión sobre un diámetro de cuatro ó cinco; su embocadura en la orilla del golfo Argólico. Por la izquierda, al salir del desfiladero, se sube á Micenas, capital donde se rindió Agamenon. Allí fué donde Dramali estableció su cuartel general, de manera que se hallaba á ocho kilómetros de Argos y 13 de Nauplia. En esta posición se le presentaban dos caminos para proseguir su marcha. Si se remontaba hacia el Sur, pasaba por delante de Tirinto, ruinas pelágicas, y de allí á dos kilómetros desembocaba á la orilla del mar en Nauplia, que por medio de la cadena secundaria de montañas sobre que está edificada, separa la Trezenia de la Hermionida, casi en frente de Hidra. Este camino era áspero y montañoso, pero venía á dar sobre una playa abierta y una ciudad turca. Al contrario, marchando hacia el S. O., el camino que conduce á la Arcadia y al centro del Peloponeso, era mas corto y mas cómodo, mas allí encontraba Argos ocupado por el enemigo y la ciudadela de Larissa, construcción ciclopea que los hijos de Inaco levantaron 1,500 años antes de Jesucristo para dominar el paso, y que todavía sirve á sus descendientes para defenderlo.

Dramali se valió de ambos caminos, envió por el uno tropas que, cayendo sobre Argos, llegaron pronto al corazón del país, y un destacamento por el otro para hacer levantar el sitio de Nauplia y aprovisionar esta plaza que por otra parte estaba esperando una nueva escuadra mas poderosa que la primera.

El sitio estaba levantado de hecho, pues aunque los griegos no comprendieron la estrategia del enemigo, desde luego echaron de ver que Argos era el punto central en donde debían combatir y morir. Agrupáronse allí en masa, sin dejar por eso la defensa de las alas.

Al llegar de alta mar á ese pintoresco golfo de Argos, al

través de la maravillosa transparencia del cielo griego, aparecen Nauplia, Argos, Micenas y Tirinto en una misma línea de Micenas y Tirinto á la izquierda, Nauplia en el centro, y Argos á la derecha. Los turcos ocupaban la izquierda de la bahía, los griegos la derecha. Por punto extremo de defensa en el mar tomaron la isla de Burdzi; guarnecieron la costa con una multitud de lanchas cañoneras que, á modo de ciudadelas móviles, trasportaban sus pequeños cuerpos de ejército de un punto á otro, con precisión, rapidez y protegiéndolos con su artillería. De esta manera, cubriendo sus flancos con el mar, acantonaron su cuerpo principal en las ruinas de Argos.

El Serasquier mandó dar el asalto, el combate fué rudo, no faltó valor por una ni otra parte, y solo al cabo de ocho horas, y después de perder 900 hombres, pudo Dramali penetrar en las ruinas medio incendiadas que componen los tristes restos de la capital de la Argólida. Esfuerzo del todo inútil. Los griegos no necesitaban mas que dar un solo paso para organizar una segunda línea de defensa. Arrojáronse en la parte de las rocas llamadas las grutas de Danao, y para plantar su bandera escalaron la antigua ciudadela construida con enormes piedras por los ciclopes y abandonada desde los tiempos de Pausanias. Al entrar en ella Hipsilantis y sus partidarios, salieron de su oscuro recinto dando agudos graznidos bandadas de águilas, de buitres y de aves de presa, huéspedes centenarios de aquellos muros; los helenos, consecuentes con las tradiciones que les recordaban aquellas ruinas, consideraron este suceso como un feliz agüero. Toda la antigüedad parecía levantarse á tomar parte en esa lucha, la ciudadela pelágica en la cima, y al pie las gradas de los estadios, los circos y los teatros construidos por los agivos. Presenciaron esos monumentos un combate heroico y digno de los hijos de Hércules que los construyeron.

En tanto no era menos ardiente la lucha que tenía lugar en Nauplia. Dramali había enviado á esta plaza un cuerpo de artillería, compuesto de renegados, para inutilizar las fortificaciones de la isla de Burdzi que paralizaba los movimientos de su ala izquierda. Los griegos á su vez destacaron á ese punto oficiales europeos que pusieron en buen estado las fortificaciones de la isla, asestaron contra la plaza el mayor número de piezas posible, y tomaron disposiciones para poder lanzar bala roja. Entablóse desde entonces entre la pequeña isla y los fuertes de tierra un terrible combate de artillería, que sin interrupción duró por espacio de cinco días y cinco noches.

En Nauplia se combatía con las armas de la civilización: en Larissa se hacía la guerra como en los tiempos primitivos, asalto sobre asalto á los antiguos muros ciclopeos; asaltos inútiles en que los turcos caían á miles, y en que el choque de las bombas apenas conseguía conmover las enormes piedras pelágicas. El hambre vino por fin en auxilio de los griegos que con ese presentimiento habían desolado el país. Los turcos tuvieron que retirarse, pero no lo consiguieron sino de un modo verdaderamente horrible. Cuando aquel Ejército, cargado de bagajes, de materiales y de heridos, llegó al desfiladero de Trete, donde no puede pasar mas que un carro de frente, la montaña pareció animarse y las rocas se desplomaron sobre los turcos. Aquello fué una derrota, una carnicería. El torrente se llegó á enrojecer con la sangre, y el Serasquier llegó á Corinto sin turbante, herido, y con la cimitarra rota en su mano.

Cinco mil ginetes turcos, cortados durante aquel combate nocturno, consiguieron refugiarse en Nauplia, á los cuales no tardaron en incorporarse la guarnición de Argos y diversos cuerpos aislados, que arrollando las tropas de observación, acamparon al pie de la ciudad, bajo la fortaleza Palamedes y en el istmo que la une al continente. Todas estas fuerzas compusieron un total de 7,000 á 8,000 hombres. Por un esfuerzo desesperado, trataron de abrirse paso por el Ejército griego é incorporarse al Serasquier que seguía en Corinto. Esta tentativa no les produjo mas que un nuevo desastre. Maumicalis les fué picando la retaguardia, y los obligó á retroceder á Nauplia, cuyo asedio volvió á restablecer; pero la plaza había quedado bien aprovisionada, y un nuevo refuerzo verdaderamente formidable se preparaba á socorrer la plaza: los griegos debían, al parecer, agotar todo género de combates antes de vencer aquella interminable resistencia. La escuadra del Capitan Bajá, anunciada

desde hacía ya tanto tiempo, se iba aproximando lentamente y contrariada por el temporal, pero cada vez acercándose mas como una ruina inevitable. La patria apeló nuevamente al valor de sus hijos y todos se apresuraron á responder.

Sesenta y cinco bergantines mandados por Miaoulis vinieron á tomar posición en la bahía de Argos. Cuerpos de palikaros ocuparon las dos islas de Hidra y Spetzia, y 12,000 paisanos armados, procedentes de las montañas, guarnecieron todas las ensenadas del Peloponeso á fin de impedir un desembarco. Los habitantes de Hidra, con su clero á la cabeza, se pusieron á vigilar la playa.

La escuadra otomana quiso por de pronto forzar el estrecho de Spetzia. Parecía que iba á reproducirse nuevamente el combate de Salamina; solo seis naves podían combatir de frente, y bastaron diez y ocho bergantines y ocho brulotes griegos para contener el choque, é imposibilitar el avance de los turcos.

El Capitan Bajá tuvo que retirarse, pero de allí á dos días entró á toda vela con 84 buques en el golfo de Argos doblando al Sur la isla de Spetzia. Componíase su escuadra de siete navíos y 15 fragatas. Las fuerzas marítimas griegas, compuestas de 75 naves, de las cuales eran bergantines las de mas alto bordo, permanecían en el golfo y procuraban atraer los bajeles turcos hacia los sitios en que la poca profundidad del agua debía hacerlos encallar inevitablemente: en ese caso los brulotes habrían completado la obra. Esta situación era sumamente difícil para los turcos que no podían acercarse á Nauplia sino dividiendo su escuadra y separando del grueso de esta las naves mas débiles, lo cual era un verdadero peligro en presencia de los buques griegos, muy manejables, muy ágiles y de muy poco calado.

El Capitan Bajá tuvo que limitarse al ensayo de hacer entrar en Nauplia un bergantín cargado de provisiones. Con este propósito avanzó hasta ponerse á diez millas de la ciudad, y allí vió sin poderlo evitar, como caía su bergantín en poder de los brulotes griegos hábilmente puestos en emboscada en la isla de Burdzi. Después de este suceso, la escuadra turca tuvo que alejarse de aquellas aguas, dejando á Nauplia abandonada á su suerte.

Este fué el último esfuerzo de los turcos en favor de aquella plaza, y aunque Dramali, que siempre permanecía en Corinto, hizo varias tentativas, no pudo de ninguna manera hacer llegar provisiones á manos de sus compatriotas estenuados de necesidad. Llegó por fin un día en que la guarnición de la Palamedes, reducida á todos los horrores del hambre, bajó á la ciudad y por la noche no volvió á subir á la ciudadela. Un desertor dió esta noticia á los griegos que desde luego no la quisieron creer, hasta que unos cuantos valientes, trepando por las rocas, entraron en la fortaleza sin hacer un disparo. La plaza se rindió al día siguiente, sin combate ni mas condición que poderse retirar libremente al Asia menor. Tres años hacía que estaban sosteniendo la lucha.

Desde aquel momento pudieron los helenos considerarse como verdaderamente dueños del Peloponeso. El Gobierno trasportó á Nauplia su residencia, y permaneció allí hasta que Atenas fué declarada capital del nuevo reino.

Hemos trazado brevemente el curso de los sucesos de que ha sido teatro en los tiempos modernos el rincón de Grecia, que en los siglos heroicos vió reunidas, en el espacio de algunas leguas, todas las fuerzas que concurrieron á uno de los hechos mas memorables, al sitio de Troya.

Basta á nuestro propósito.

F. M.

SUBIDA Á LAS PIRÁMIDES DE EGIPTO.

Monumentos de una poderosa civilización que la noche de los tiempos no permite distinguir, gallardo esfuerzo de generaciones pasadas que debe servir de noble estímulo á las presentes, allá se alzan en una arenosa llanura al S. O. del Cairo las famosas pirámides, desde cuya altura cien siglos se asomaban á contemplar, según homérica expresión de Bonaparte, el combate de sus huestes contra los mamelucos en 1798.

No nos detendremos por hoy en describir esas titánicas moles, ni en discutir si esas montañas ficticias fueron erigi-

das para que el hombre pudiera sentarse decorosamente á contemplar la marcha de los astros, ó para que el amor de los pueblos pudiera dar algun viso de eterna grandeza á lo que la muerte deja reducido á la inexorable pequeñez de su natural condicion.

No son rigurosamente hablando las pirámides, sino la curiosidad penosamente satisfecha de un viajero lo que nos induce á escribir estas líneas, tomadas de su misma narracion.

«De lejos habíamos visto, dice, las imponentes masas de las pirámides de Ghysch; pero esto no contentaba nuestra

curiosidad: necesitábamos tocar aquellas gigantescas moles y deseábamos remontarnos hasta su cúspide. El 21 de agosto, á las tres y media de la tarde, cabalgamos en nuestros pollos. Llegamos al ponerse el sol á los bancos de rocas que les sirven de asiento, y observamos las diversas escavaciones que en otro tiempo fueron indudablemente abiertas para sepulcros. En una de ellas nos recostamos. Era ya de noche, de manera que no habíamos sido vistos de los árabes de la aldea, que no esperaban nuestra visita. Creíamos por consiguiente que nos veríamos libres de aquellos hombres, que por lo general vienen á tomar posesion de sus viajeros desde

el momento que los ven llegar. El dueño de nuestras acémilas, hombre apocado por demás, había traído de su aldea dos hombres armados de palos para que hicieran la guardia, y él mismo venia provisto de una mala pistola.

Despues de descargar nuestras provisiones echamos de ver que nos habíamos olvidado el agua: no quedaba por consiguiente otro recurso que llamar á los beduinos á fin de que nos proporcionaran medios de apagar nuestra sed. Nada mas fácil que atraernos ese socorro, pues nos bastó encender llamas con algunos papeles para que los árabes nos entendieran. De allí á pocos minutos oímos voces en la llanura, y no



Ataque de las posiciones enemigas en Long-Kien (Cochinchina) el día 19 de enero de 1862, por la vanguardia franco-española mandada por el Coronel Palanca.

(Dibujado y remitido por el Subteniente de infantería D. Gabriel Lopez de Illana.)

tardamos en vernos rodeados de toda la poblacion. Mandamos al primero que llegó traernos un cántaro de agua, y en seguida el jeque eligió por indicacion mia cuatro hombres que se encargaron de custodiarnos.

Al día siguiente á las cuatro, antes de la aurora, ya estábamos de pié, escoltados por nuestros cuatro guardas y por una docena de individuos que se habían quedado á pasar allí la noche. Nos dirigimos hácia el antiguo monumento del Rey Cheops, despues de haber prevenido á los árabes que no aceptábamos mas compañía que los cuatro guías reglamentarios, y que los demás nada debían prometerse de nuestra parte.

Nos hallábamos por consiguiente al pié de aquella inmensa montaña de piedras, compuesta de bancos regulares, escalonados unos sobre otros y formando alrededor verdaderas gradas, algunas de las cuales tienen hasta tres piés de elevacion.

La subida se verifica por la arista que mira al E. Habiéndose remangado su camisa hasta la cintura para estar mas

suelos, los guías me alargaron la mano, á la que me agarré, y en el acto se pusieron á saltar como chacales de escalon en escalon, arrastrándose á remolque y sin dejarme medios de moderar su ardor. Enseñábanme mi compañero, que ya estaba un poco mas adelante, y con señas me daban á entender que llegaría antes que nosotros: esto me importaba muy poco, y lo único que procuraba era moderar la rapidez de su carrera. A mediados de la altura me detuve un instante en cierta especie de nicho formado por la caída de varias piedras. Apenas tuve tiempo para respirar cuando me obligaron á proseguir la ascension, tirando de mí con una violencia que me hizo temer no llegar á la cima sino con los brazos desarticulados y dejando atrás gran parte del cuerpo. Tenia que levantar la pierna para apoyarla en una altura de dos ó tres piés; entonces los guías me elevaban vigorosamente, en tanto que otro me empujaba algunas veces por la espalda. Tuve que repetir 202 veces sin tregua este ejercicio en poco mas de veinte minutos. Dejaronme por último palpitando y cubierto de sudor en una especie de plataforma

ocasionada por el derrumbamiento de las dos ó tres gradas de la cima y bastante ancha para contener algunas personas.

Habiendo respirado un momento y bebido un vaso de agua, nos pusimos en pié para gozar de la salida del sol, que empezaba á despuntar por detrás del Mokattam. En la llanura dominaba todavía la sombra, y el Nilo parecia como una cinta de plata. Cuando el sol apareció de lleno en el horizonte, brilló una magnífica perspectiva en nuestro alrededor. Hácia el E. divisábamos á nuestra izquierda en una inmensa lontananza las hermosas y verdes llanuras de Delta. De frente veíamos brillar las cúpulas del Cairo y la mezquita de Mokattam, y mas allá las arenas del desierto que llegan hasta los muros de la gran ciudad. Por aquellas fértiles campiñas serpentea el fecundo río, estendiendo su líquida llanura á una estension que la vista no puede abarcar, hácia el Sur, entre dos cadenas de montañas que sirven de marco por decirlo así al Egipto, y lo separan de los desiertos de la Arabia y la Libia. Detrás de nosotros la vista se perdía en un inmenso mar de arena amarillenta, en la que los vientos ha-

bian trazado surcos profundos, semejantes á las olas del Océano. Algunas rocas blancas se destacan de distancia en distancia, á manera de esqueletos, vigilando sobre aquel campo de desolacion. A nuestros piés se veía una multitud de pequeñas pirámides medio destruidas, y al Oeste los dos grandes monumentos de Chephrem y Micerino, los dos sucesores de Cheops. La primera de estas dos pirámides tiene casi las mismas dimensiones que la que nos sostenía en su cúspide. La parte superior conserva todavía su revestimiento; la de Micerino es mucho mas pequeña.

Las pirámides están orientadas con una exactitud que denota los conocimientos astronómicos del pueblo que las edificó: sus cuatro aristas corresponden perfectamente á los cuatro puntos cardinales.

La inclinacion de las caras de las pirámides es de cerca de 40°; y de aquí resulta que en su cúspide no se experimenta la sensacion que produce la subida á una mole completamente escarpada. No se calcula la elevacion en que uno está situado al hallarse en su cúspide, sino comparando la de las personas que andan por su base.

El viajero sigue refiriendo las mil astucias que los guías árabes pusieron en juego para arrancar alguna cantidad mas de dinero sobre el estipendio que se les habia ofrecido, y concluye diciendo que la bajada se verifica saltando los guías de grada en grada para auxiliar al viajero; y que como las piedras están perfectamente sólidas, es una operacion mucho mas fácil y mas cómoda que la subida.

J. A.

BATALLA DE PITTSBURG-LANDING

(ESTADOS-UNIDOS).

El Ejército separatista se puso en marcha á media noche del 5 al 6. A las tres de la mañana se encontró con los puestos avanzados de la division Prentiss, á una media milla del campamento federal. Los destacamentos unionistas, que se componían de unos 400 hombres, fueron replegándose sobre el regimiento núm. 25 de Missouri, perseguidos incesantemente por el enemigo. El General Prentiss no pudo imaginarse que tenía á su frente todo el Ejército del Sur, y creyó que la alarma era producida por un simple reconocimiento. Comprometió imprudente la accion sin contar con artillería, y el resultado fué quedar prisionero con casi toda la division que consistía en cuatro regimientos. La brigada Peabody conoció á tiempo el error del General y se replegó sobre la division Sherman.

Eran las seis de la mañana. El General Sherman tuvo que batirse á su vez en retirada. Sus tropas, compuestas de tres regimientos del Ohio, que entraban por primera vez en fuego, retrocedieron con la brigada Peabody, esperando ser sostenidas por el grueso del Ejército.

Eran las diez de la mañana cuando todas las fuerzas entraron en accion, y la artillería empezó á jugar sin interrupcion en toda la línea. El Ejército federal formaba una especie de herradura, apoyando su ala derecha en Crump's Landing, el centro en el camino de Corinto; la izquierda se extendía hasta el río en direccion de Hamburgo, cuatro millas al N. de Pittsburg.

Los separatistas dieron una vigorosa carga á la batería del 14 del Ohio y se apoderaron de ella, y esa misma suerte tuvo poco ó menos la del núm. 5, pues perdió tres de sus piezas. El enemigo vino sobre ella á la bayoneta, echándose

á tierra á cada descarga de los cañones y avanzando luego á la carrera.

A las once eran ya muchos los Coroneles que habian perecido, y la Oficialidad de algunos regimientos quedaba completamente diezmada. Era evidente que por ambas partes no se trataba mas que de vencer ó morir; se disputaba el terreno á pulgadas, y á cada paso ocurría una lucha personal. El enemigo intentó varias veces, pero en vano, romper el centro de los federales. En vista de esta imposibilidad dirigió todo su esfuerzo contra el ala izquierda con objeto de envolverla y precipitarla hácia el río. Jefe de la izquierda era el General Hurlburt, y entre las fuerzas que la com-

Landing, dando un largo rodeo. Bajo el peso de tales circunstancias los Generales del Sur desistieron de su obstinacion. La noche se acercaba: la sombra del crepúsculo empezaba á cubrir todas las posiciones y tuvo que aplazarse el combate para el día siguiente. Los separatistas se retiraron á cierta distancia y ocuparon una posicion ventajosa sobre la carretera de Corinto.

El General Buell llegó durante la noche. Sus regimientos atravesaron uno á uno el Tenesse con las divisiones Bruce y Nelson á la cabeza, y se colocaron á vanguardia. Se ha dicho que por la otra parte Van Dorn y Price reforzaron á Beauregard, pero nada es menos cierto.

Las tropas del Sur fueron tambien las que iniciaron el combate á las siete de la mañana del día siguiente. De allí á dos horas el encarnizamiento era el mismo que el día anterior. Los separatistas, sin sentirse abrumados por la lucha anterior, se batian sin tregua con las tropas del General Buell. Si eran rechazados volvían á la carga, anhelando encontrar el flanco débil de los federales para envolverlos. No abandonaban una posicion, dice un corresponsal del *Times* de Cincinnati, sino para volver nuevamente á ella. Luego, repentinamente, por medio de algun movimiento mandado por su General en Jefe asaltaban vigorosamente alguna division que estaba lejos de esperar semejante ataque; pero el fuego normal y bien nutrido del enemigo empezaba á causarles desaliento: no se tardó en conocer con toda evidencia que las tropas del Sur seguían atacando, pero sin esperanza de victoria.

En tanto los del Norte recibían incesantemente nuevos refuerzos. Wallace, Buell, Grant, Nelson y Sherman, dirigían sus movimientos, y empezaron á efectuarlos con objeto de envolver al enemigo y precipitarlo en un barranco, al mismo tiempo que una numerosa artillería lo ametrallaba incesantemente. La tierra se estremecía al estampido del cañon. El plan de los Generales unionistas no se ocultó á los del Sur; pero á poco fueron amortiguando sus fuegos, y se vió con claridad que se preparaban á batirse en retirada. Por último, dice el precitado corresponsal, se retiraron lentamente jugando sus cañones y fusilería á lo largo de las columnas durante el movimiento de retroceso, que se verificó con todo orden, por mas que el enemigo se aprovechaba de las posiciones ventajosas y por mas ter-

rible que era el fuego de sus baterías, así que la ocasion se le presentaba de poderlo romper.

No puede, por consiguiente, decirse cómo afirmaron desde luego que la retirada de Beauregard haya sido una derrota. Se ha dicho tambien que el General Buell lo habia perseguido con 12,000 ginetes, fuerza, en verdad, poco imponente contra un Ejército que, si bien se halla vencido, no está todavía desmoralizado. Los telegramas que aseguraban haber entrado la caballería del Norte en Corinto, revuelta con los fugitivos, deben ser considerados como prematuros.

No existen todavía datos suficientes para apreciar la pérdida de ambos Ejércitos, ni el total de las fuerzas que entraron en accion. Un despacho dice que estas ascendieron á 70,000 combatientes. Podrá este número ser muy cierto por lo tocante al primer día; pero es indudable que el lunes las tropas del Norte, con los refuerzos que continuamente habian estado recibiendo, eran mucho mas numerosas que las del Sur. Se habla de 7,000 muertos y heridos por parte de los unionistas, sin contar los prisioneros de la division



Subida á la gran pirámide de Egipto. (Véase pág. 159.)

ponían figuraba la division Sherman, que, como hemos visto, habia tomado la primera parte en el combate. Por espacio de dos horas se peleó con igual encarnizamiento: los confederados principiaban á ganar terreno cuando por el Tenesse llegó la cañonera Tiler y los contuvo, haciendo fuego con sus cañones de mayor calibre.

Los separatistas insistieron en su propósito y cargaron con todo su esfuerzo sobre el ala opuesta. Difícil sobremanera llegó á ser el contrarrestar la rapidez de sus movimientos ocultos bajo cargas simuladas. Todo su conato estaba empeñado en conseguir la victoria antes que el General Grant recibiera refuerzos.

El tiempo urgía. A las cinco de la tarde cesó súbitamente el fuego de los confederados y empezaron lentamente á retroceder; pero no era sino para reponerse y concentrarse para una nueva carga. Cayeron, en efecto, únicamente sobre el ala izquierda; pero en aquel mismo instante se unió á la cañonera *Lexington* la *Tiler*, y la fortuna volvió á estrellarse contra la cañonera del Norte. Apareció tambien el General Wallace, que con tropas frescas llegaba de Crump's

Prentiss. Nada de positivo se sabe por lo tocante á las pérdidas del Sur, ni apenas se sabe quién las mandaba. Citanse los Generales Bragg, Johnston, Evans y Polk; pero desde luego se comprende que debía haber un Jefe superior, una cabeza única para dirigir el conjunto del combate, y es de creer fuese Beauregard. La noticia de la herida de este, ni la de la muerte de Alberto Sidney Johnson, no se confirman. Créese que el Johnston que ha sido herido y hecho prisionero, era el Gobernador provisional de Kentucky. Corren rumores de que Braxson Bragg ha sido muerto, John C. Breckinridge ha caído prisionero, y Prentiss ha conseguido escaparse. Wallace no ha muerto, pero está mortalmente herido.

F. M.

El Capitán del Provincial de Alcalá, Sr. D. Juan Bellido, ha tenido á bien favorecer nuestra publicación con una serie de artículos en que, con la brillantez de estilo que le es propio, demuestra, recorriendo la historia, la grande influencia de las armas en la marcha progresiva de la civilización.

Tenemos entendido que este notable escrito se publicará luego en forma de folleto, con lo cual ese escritor militar hará un distinguido servicio combatiendo preocupaciones, que no por ser de moda, dejan de ser menos groseras que las antiguas.

El primero de dichos artículos es el siguiente:

CON EL EJÉRCITO TODO, SIN EL EJÉRCITO NADA.

I.

Atravesamos una época singular.

La diplomacia, los políticos, los Emperadores, los filósofos y los publicistas aman la paz, la aman sinceramente; por ella abogan en conferencias, por ella redactan *memorandums*, por ella pronuncian acabados discursos, por ella comprimen y retuercen la imaginación en busca de argumentos originales, por ella la prensa clama sin cesar, por ella en fin, ruega la Iglesia.

Y ved aquí la singularidad. Frente á tantos esfuerzos, á tanta elocuencia, á tanta sabiduría, un espíritu imparcial exclamaría: ¡El templo de Jano ya no se abrirá mas! Y sin embargo, Rusia tiene en pie de guerra 600,000 hombres, y Alemania mantiene sobre las armas el 15 por 100 de su población, y el presupuesto de guerra es el gran problema del Gobierno francés; y hasta la Inglaterra rompe con sus tradiciones y pretende improvisar un Ejército como emite billetes, y hasta los Estados-Unidos, esa confederación eminentemente ciudadana, presenta un millón de novales guerreros.

Indudablemente la sociedad de los amigos de la paz debe verter lágrimas bien amargas.

¿Deberemos creer, y tal vez arrojamus al patenque de la discusión una idea asaz atrevida, que el progreso es la paz? Reflexionad.

El siglo XIX comienza entre el estruendo de las batallas: al Imperio revolucionario sucede la cuestión turco-rusa; á ésta la turco-egipcia; luego el heroico alzamiento de Grecia; mas adelante nuestra lucha civil; recientemente los dramas de Crimea, de Italia, de Africa; ahora la horrenda lucha norte-americana, la intervencion en Méjico, sangre en el Japon, en la China, en Polonia, en los Principados! ¡Sangre y pelea en todas partes!...

Y del Imperio surgió una civilización; y Navarino fué el acta de la nacionalidad griega; y Mehmet-Ali colocó el pueblo egipcio en el rango de las naciones; y en Solferino la raza latina le dijo á la raza germánica: ¡De aquí no se pasa! Y el día esplendoroso que vió la cruz sobre los minaretes de Tetuan, el Africa se sintió estremecida desde sus eternos cimientos como si fuese á despertar del estúpido letargo del mahometismo.

¿Debemos creer que el progreso es la paz?

Para que la Europa se reconstituyera bajo las bases del cristianismo, la China y la Tartaria, el Ponto y el Danubio vomitaron sobre ella sus feroces tribus; para que al régimen feudal sucediese el régimen municipal, la espada del cruzado abrió hasta Jerusalem sangrientísimo camino. De la liga de Cambray á la Dieta de Augsburgo, el superficialismo solo

ve una serie de ambiciosas guerras, cuando el historiador sabe que en el espacio de aquellos cincuenta años se produjo la fórmula práctica de la monarquía, que por entonces era el único símbolo de la unidad.

¿Deberemos creer que el progreso es la paz?

Desde Confucio á Kant, cuantas evoluciones filosóficas registre el mundo, se han encarnado en la vida social por medio de la guerra. Donde termina el filósofo comienza el Capitán. Y la misma idea, solo se produce en virtud de una serie de contradicciones.

¿Dominan las teocracias? Ved la India, ved el Egipto: Brahma y Osiris se asientan sobre tronos de cadáveres. ¿Impera la aristocracia? Considerad á Roma desde la ley de las Doce Tablas á Julio César. ¿Parte el poder de un solo individuo? Pues leed á Tácito. ¿Se esparce vuestro ánimo ante el espectáculo de las repúblicas en la edad media? Pues ojead al Dante y á Villani. ¿Correis á Roma, á la metrópoli de la fé, para que en vuestra alma atribulada por la duda caiga divino cordial? Pues allí están las estatuas de Gregorio VII, de Inocencio III, de Benedicto XIII, de Leon X, de Julio II, de Clemente XIV; pues en su torno vagan las sombras de Enrique IV, de Jacobo Molay, de Juan Huss, de Gerónimo de Praga. Y si os fijais en el *Índice*, de cada obra inscrita sus hojas brotarán á vuestra mirada sangre y espanto.

¿Deberemos creer que el progreso es la paz?

En el espacio de veinte siglos, allí donde ella existe, vemos la agonía de una raza, creemos oír sonar el postrer ¡ay! de un pueblo, la última hora de una civilización. Despues de Filipo, ¿dónde buscareis la Grecia? Despues del heroico suicidio de los cántabros, ¿dónde las confederaciones celtíberas? Witiza y Rodrigo desconocen que la condicion de su pueblo, que el enérgico personalismo godo necesita una acción incesante, y la monarquía de Ataulfo se destruye en una sola batalla.

Los municipios italianos firman alianza con el Imperio, y Arnaldo de Brescia puede esclamar: ¡Ay de Pisa, ay de Florencia, ay de nosotros! Tras el edicto de Nantes, que inutiliza la espada de Condé, asoma su descompuesta faz la noche del 24 de agosto.

Y es que los pueblos, como los hombres, al declinar de su existencia, tornan á la debilidad de la infancia; y de las nociones que en otro tiempo lo levantarán solo conservan la mas simple porque es la mas pobre, la de la existencia. Y es que así como cuando el progreso necesita para describir una de sus fatales evoluciones tal país, tal clima, por ejemplo, el Egipto, de donde arrancó la arquitectura; por ejemplo, los pantanos de la selva Hercúlea, de donde surgió el sentimiento de la dignidad personal, comienza por una serie de afirmaciones; cuando ese mismo clima, ese mismo país ya nada le significa, lo aparta de sí en sentido inverso á su anterior impulso, por una serie de negaciones, y ejerce la primera de estas sobre la guerra, esto es, sobre la lucha, madre de la armonía; sobre la contradicción, madre de la actividad.

¿Deberemos creer que el progreso es la paz?

El cristianismo, para pasar de la cruz divina á hecho práctico; para vivir imperando en las constituciones sociales, necesitó 10.000.000 de mártires. Para que la esclavitud, afrenta de nuestro siglo, llegase á ser mero hecho histórico y la filosofía de Cristo arroje de una vez á Aristóteles de la escolástica, ¿quién sabe si á la de Charleston habremos de sumar otras catastrofes?

Concluiremos por nuestro comienzo: el progreso ¿es la paz?

II.

A Brahma sucede Vishnou; á Tifon, Osiris; á Saturno, Júpiter; esto es, al dios que destruye, el dios que crea. He aquí un progreso en religion: á la Biblia, el Evangelio. He aquí el primero y último progreso en la verdadera creencia. Primero pária; de pária, ilota; de ilota, esclavo; de esclavo, siervo; de siervo, proletario. He aquí el progreso en la condicion del hombre.

Tras Aristóteles viene Platon; tras este la escuela de Alejandria; luego la escolástica con Abelardo; despues Bacon, despues Descartes, mas adelante Kant, mas adelante Hegel. He aquí el progreso en la filosofía.

Sobre el cadáver de las Doce Tablas se publica la recopilación Justiniana: los concilios de Toledo dan al olvido las leyes godas: trascurren cinco siglos, y aparecen las Siete

Partidas: corren los tiempos, y se publica el Código Napoleón. He aquí el progreso en la legislación.

Del calendario feical al calendario gregoriano; de la geometría práctica á la descriptiva; de Pitágoras á Newton; de las Pirámides al Escorial; del molino movido por el esclavo al vapor aplicado á la agricultura. He aquí el progreso en las ciencias.

Homero, Virgilio, Dante, Byron, Victor Hugo. He aquí el progreso en la poesía.

Apeles, Coreggio, Rafael. He aquí el progreso en la pintura.

La cuña espartana; la legion de César; el puerco (máquina de guerra); la táctica de Federico; la estrategia de Napoleón. He aquí el progreso en el arte de la guerra.

Esto demuestra que la humanidad reconoce una ley única de desenvolvimiento; que esta ley subsiste de continuo; que se determina por medio de contradicciones.

Vosotros los publicistas, los diplomáticos, los oradores, ¿clamais por la paz? Pues sin saberlo retrocedéis diez y siete siglos, caéis en pleno estoicismo, os erigís en sacerdotes de suicidio.

¿Queréis la paz en política? Comenzad por reducir á cero las tres razas históricas que se reparten la actividad. ¿Queréis la paz en las ciencias? ¿La queréis en industria? Comenzad por suprimir la mano, esa primer máquina de la naturaleza. ¿En economía? Levantad una horca en cada campo, una muralla en cada frontera, un dique en cada mar.

Muchos dicen: la guerra es anormal; la paz es la armonía.

Entendámonos. Toda idea tiene dos términos. Paz en historia es sinónimo de inercia, de parálisis, de cesacion en absoluto; es un planeta que se apaga, y cuyos elementos se confunden con la sustancia cósmica. ¿Dónde reside el término opuesto para que se efectúe la antinomia? Halladlo; vosotros los rebuscadores de argumentos. Y si es verdad la primera parte de la tesis, entonces anormales son tambien el tiempo y el espacio, polos de la humanidad.

Es muy comun entre ciertas gentes repetir en son de patriótica queja: ¡Los partidos nos aniquilan! Traducida esta frase, significa: cojamos las rosas antes de que se marchiten; gocemos hoy, mañana moriremos!

Siguen diciendo: ¿Qué significan esas denominaciones de moderados, progresistas, demócratas ó ultra-realistas? Españoles nada mas, y seremos felices porque seremos hermanos. ¡Qué error! El alma es una: sin perder esta cualidad esencial, tiene tres facultades; estas á su vez determinan una progresion de otras, las cuales á su turno se subdividen, y así hasta el infinito. He aquí una unidad que, imagen de su Dios, camina de lo simple á lo compuesto, vive en la pluralidad. Y ved cómo es la verdadera fraternidad, ó lo que es lo mismo, la existencia de todos los partidos imaginables? Además, ¿qué significan asociaciones de ideas? Condenarlas, equivaldría á decir á la razon: ¡muere! Combatirlas es proclamar la religion de la inercia!

Hay otros que encerrándose en no sé qué misticismo, exclaman: Predicad la guerra; ¡pero la guerra es el legado de Caín, un legado maldito... estais fuera de la ley divina! Frases, frases nada mas. Como Abel fué la primer víctima, Caín fué el primer asesino: he aquí todo.

Tenemos, pues, dos términos: la paz, la guerra. El uno esencialmente infecundo, cero negativo de la humanidad; el otro primera afirmación histórica; como tal, necesario. Abandonemos el primero á las declamaciones de una filosofía homeopática, harto decaída ya por fortuna, y fijemos en el segundo toda nuestra atencion.

Su conocimiento, á la par que constituye la idea capital de nuestro escrito, nos resolverá no pocos problemas actuales.

JUAN BELLIDO.

¡UNA TRISTE EPOPEYA!

(Cuadros episódicos del sangriento drama que se representa en Siria.)

XX.

(Continuacion.)

Damascos reposaba en tranquila y silenciosa calma, como si nada trágico hubiese acabado de acontecer..... Dormía en

medio de las ruinas, de los escombros humeantes, y de los cadáveres humanos de ambos sexos y de todas edades diseminados por las tristes calles, presa que se disputaban los feroces canes.

¡Era pasada media noche! El *harem* de Osman-ben-Assah, el nuevo cheik, se dividía entre la trasparente espesura de esa niebla luminosa, que es uno de los esplendores del Oriente.... Suspensa la luna, como celeste lámpara en medio de la etérea bóveda sin nubes, inundaba con sus argentarios reflejos el jardín de gigantescas palmeras y de marmóreos receptáculos con doradas molduras, dibujando con fuerza los estrechos senderos de las alamedas finamente enarenadas, ofreciendo la óptica ilusión de galones de oro sobrepuestos en un fondo de terciopelo verde; pero algunas de esas mismas alamedas se ocultaban bajo las adoríferas arcadas de mirtos y jazmines, y a la sombra de perfumadas espesuras, formando aquí y allí anchas manchas tenebrosas bajo la zona luminosa. En la llanura, y a lo lejos, los salvajes ladridos de los chacales se oían viajando sus ecos en alas del viento. Todo estaba silencioso en el jardín: un crugido sin embargo se percibió de pronto, pero pasajero é inesplicable.... Pasaron algunos minutos y otro ruido se dejó oír, y una sombra pasó como una flecha por el *parterre* conduciendo a la entrada del *harem*.....

..... ¿Qué sombra sería esa?.... La de una mujer envuelta en un velo de gasa, ocultándola de pies a cabeza.... Era la judía Noemí. Sus facciones estaban trastornadas, su respiración fuerte y ronca, su agitación imposible de dominar.... Los rayos de la luna que penetraban por una fina estera medio levantada en la ventana del salón, donde había entrado, dejaba ver todo eso.... ella iba y venía de un lado a otro como una persona azorada, indecisa, que lucha entre el deseo y el deber... hasta que se desplomó sobre un diván y gimió; luego, haciendo un supremo esfuerzo, alzó las manos al cielo, y mordiendo un almohadón de seda, como para descargar su rabia, se puso en pie y murmuró:

— ¡Dios de Abraham!, castigadme si queréis; pero ¡Yo le amo tanto a él, y la aborrezco a ella!....

En un cuartito contiguo, en el interior, aguardaban impacientes: Oliverio (que el Cheik había condenado a muerte), Victorina y Aichouhna, que se había empeñado en salvarlos en combinación con Noemí (cuya visita habrá comprendido el sagaz lector a esas horas), como también la pasión secreta que profesaba a Oliverio.... y los grandes celos que la devoraban, pasión tan mala consejera..... Por omitir odiosos detalles, solo diremos, que cuando Noemí se unió a ellos para huir juntos, y cuando se consideraban ya en salvo, cayeron en manos de los secuaces del Cheik; Noemí les había hecho traición!.... Todos fueron derribados y atados menos la judía. ¡Ah! exclamó uno de los drusos al maltratar a Oliverio: ¡Mañana vendrá el verdugo *Nolek* y te ajustará las cuentas!.... Sin embargo, Oliverio, si bien le torturaron bastante, no murió y volvió a lucir para el sol de la patria!....

XXI.

EL MENSAJERO.

¡Quién lo diría! Noemí, después de la catástrofe que había ocasionado sus celos, lloró amargamente. La conciencia, ese tribunal implacable que tenemos asentado en medio del corazón, la acusaba con elocuencia y juró reparar su falta. Como los demás quedaron todos presos, y ella sola libre, pudo hacerlo sobornando unos eunucos. Al ponerse de hi-nojos y pedir perdón, trazó su plan; pero no fué aceptado si se quedaba ella; y solo se accedió después de un grande debate.... la fuga se efectuó.... Volveremos a encontrar oportunamente a Victorina y Oliverio....

Un mensajero había llegado de parte del padre de Noemí a tratar de su rescate, y Victorina, envuelta en su velo sin que se la viese mas que un ojo, según es ley en Oriente, había de presentarse en lugar de aquella....

En efecto, uno que se decía el mensajero en cuestión, se presentó en el serrallo del Cheik, como tal enviado del judío de Deir-el-Kamar. Era hombre de aventajada estatura, arropado en un cumplido albornoz ceniciento (la ley turca se lo prohibe blanco a los judíos) y en la capucha echada ocultaba completamente sus facciones. Tan solo se apercibía

en la sombra el chispear de dos ojos hundidos debajo de espesas cejas.

Al entrar en el apartamento en que se hallaba Osman-ben-Assah, se embozó además en su albornoz en términos que ya ni los ojos se percibían. Osman lo recibió recostado sobre un diván.

— ¿Con que según parece vienes de Deir-el-Kamar? le dijo fumando negligente su pipa.

— En efecto, repuso el mensajero.

— ¿Y en que consiste que Ali, mi enviado cerca de Esaú, no se halla contigo?

— No lo sé, pero marchamos uno tras otro, él mucho antes.

— ¿Qué me traes?

— El rescate que has exigido en cambio de la libertad de la judía.

— Los 50,000 *dinners* en diamantes?

— Sí.

— Trae.

El mensajero, hundiendo su mano debajo del albornoz, avanzó hacia Osman: hasta entonces le fué imposible al Cheik distinguir las facciones de su interlocutor, mas el movimiento que este hizo las dió a luz....

El fiero Osman-ben-Assah se volvió súbitamente pálido como un cadáver, exhaló un grito sordo y llevó la mano a la empuñadura del arma que sujetaba su faja.... pero no le dieron tiempo siquiera para desenvainarla.... De un solo brinco el enviado se había arrojado sobre él, y agarrándole con férrea mano por la garganta lo sujetó sobre el diván; Osman vió un puñal amenazando su pecho, y todas sus carnes se estremecieron.... ¡Perdon! murmuró.

— ¡Cobarde! exclamó el incógnito: ¡Así como tu me has herido por la espalda, yo te hiero cara a cara.... Mira bien primero.... ¿Me reconoces?.... Y con rápido ademán dejó caer sobre la espalda la capucha que ocultaba su fisonomía.

— ¡Ah!.... gritó Osman; ¡Tu aquí Malhoun-Khatoun!....

Y este le atravesó el corazón.... Osman-ben-Assah exhaló un rugido, y espiró en medio de una convulsión, revolcándose en un raudal de sangre....

Incorporóse lentamente Malhoun-Khatoun, y rechazando con el pie el cadáver, al propio tiempo que dejaba caer el albornoz ceniciento que le envolvía, apareció con su traje oficial deslumbrador, y acercándose después a un timbre llamó con fuerza.

Abrierónse las puertas del salón, y presentarónse mas de veinte servidores.

— ¡Llevaros ese cadáver! dijo Malhoun-Khatoun con ademán sereno, y que me den mi *chibouk* (pipa); ¡Alah es grande y Mahoma es su profeta! ¡Así mueren todos los traidores y cobardes!....

Cuantos servidores acudieron, se quedaron estupefactos de hallarse ante la presencia de ese caudillo que todos creían muerto, y que reaparecía mas terrible y amenazador que nunca.

Una hora después, Malhoun-Khatoun, acompañado de un lujoso séquito, se dirigía al palacio de Fuad-Bajá, nuevo Gobernador turco de Damasco: aquel recibió al Cheik resucitado con aquella calma característica de un turco que de nada se estraña. Ambos jefes tuvieron una larga entrevista, terminada la cual, despidióse el Cheik y regresó a su morada. Cuando llegó, ordenó que llamasen al jefe de los eunucos para que encerrase el *giaour* en la prisión del serrallo.

— ¡Señor! le dijeron: *Ali* no está en el Serrallo.

— ¡Ya lo sé; ha muerto!

Se continuará.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

LOS CAZADORES DE BISONTES.

CAPITULO XVIII.

El chacú.

(Continuación.)

Yo me encogí con toda mi fuerza con mis dos manos, porque me imaginaba que la cuerda con la que yo iba atado iba a romperse de un momento a otro.

A fuerza de abandonarme a los tirones y sacudidas de los

que me ayudaban a pasar el *Huaro*, me hallé por fin en el otro lado con toda felicidad.

Como indemnización del espanto que había experimentado pude ver al grueso misionero lanzado a su turno por encima del abismo. Era verdaderamente un espectáculo divertido que me hizo tanto mas reír, cuanto que estaba persuadido que el buen hombre no había dejado anteriormente de reírse de mí. Por lo demás, era de tan bondadoso carácter que no se incomodó. Hasta me aseguró que estaba muy lejos de tener miedo, porque había pasado muy a menudo algunos puentes semejantes. En varias partes de los Andes, esta manera de atravesar los torrentes por larga y difícil que sea, es muy frecuente particularmente en los distritos lejanos, cuya población es poco numerosa, y que no tienen por consiguiente recursos para construir puentes de piedra. Como podeis pensar señores, solamente un viajero puede peligrar sobre el *Huaro*. Los caballos, mulos y lamas deben buscar otro camino y pasar los torrentes a nado. Acontece á menudo que los pobres animales, arrastrados por la corriente y estrellados contra las rocas, perecen irremisiblemente.

Todos los animales de carga de la expedición tuvieron la suerte de pasar a la otra orilla sin pérdida alguna, y cuando el último pasó al otro lado, nos pusimos en camino trepando por las alturas de los Andes. Me permití sin embargo preguntar a mi compañero de viaje, por qué no habíamos atravesado el torrente a nado por otro paraje, porque según mi parecer, habríamos ganado mucho tiempo y librados de muchas incomodidades. Me respondió que nos hubiera sido necesario para hallar un paso vadeable dar un rodeo de casi 20 millas, á fin de acercarnos al terreno de la caza. Así el cable del *Huaro* había acertado las distancias.

Llegamos muy tarde a las alturas de las cordilleras y nos decidimos a esperar al día siguiente para la caza de las vicuñas.

Empleamos toda la noche en armar las tiendas y en ordenar todo el campamento.

El asilo ó tienda de campaña del cura era mas espacioso que los otros, y recibí de él una invitación personal para partir con él este abrigo de tela.

Los caballos y los animales de carga, sólidamente amarrados a algunas estacas ó árboles, estuvieron en toda libertad paciendo la yerba que tenían alrededor.

El aire era fresco, casi frío, nada tenía esto de estrañar, pues nos hallábamos cerca de tres millas sobre el nivel del mar.

Las mujeres y los niños se pusieron a recojer inmediatamente *taquia*, excremento de vicuña y de guanaco para encender lumbre. Este necesario combustible se hallaba en abundancia sobre esta llanura inmensa en medio de la que pacían numerosos rebaños de lamas y otros animales de cuernos. No era allí á donde creíamos encontrar las vicuñas, sino en una planicie mas elevada que les servía de refugio. Nuestro primer campamento era sin duda mas á propósito para empezar la cacería: debíamos dejarle armado hasta el momento en que hubiésemos explorado toda la comarca y todo el tiempo que hubiera caza.

Mucho antes del alba una jauría había tomado la delantera, llevando las cuerdas, estacas y arreos de que ya he hablado. Las mujeres y los niños se unieron a ellos y se internaron hasta una llanura inmensa próxima a la de nuestro campamento.

Una hora después de haber salido el sol los otros indios salieron del campamento; casi todos estaban á caballo ó cabalgaban en mulos. Este grupo se componía de verdaderos cazadores de chacú, y llevaban con ellos los perros del pueblecito. Pensé seguirlos; pero no había contado con el cura que quiso á toda costa llevarme con él, asegurándome que me conduciría a un pico elevado, desde cuya altura no perderíamos ningún incidente de la cacería. Me vi obligado á obedecerle y marchamos los dos por un camino opuesto al que habían llevado los indios á caballo.

Veinte ó treinta minutos nos bastaron para llegar á la llanura á donde se había dirigido la primer partida de ojeadores. Cuando llegamos todos estaban ocupados en hacer los preparativos del chacú, y entonces vi para lo que servían sus cuerdas y los demás arreos. Los cazadores formaron un recinto llamado *corral*, que al estar medio concluido me permitió observar lo que habían dado una forma circular.

Las estacas estaban clavadas en el suelo en una línea curva, distantes unas de otras cerca de un metro. Cada una de ellas tenía cuatro piés de altura, y la cuerda se arrollaba á la punta, pasando así de un palo á otro como la empalizada que llaman pista de la carrera en el hipódromo. A lo largo de esta cuerda pendían algunos harapos y bandas de tela de algodón que caían hasta el suelo y flotaban á merced del viento. Esta barrera ficticia se extendía en una distancia de cerca de tres millas; estaba interrumpida solo por un lado en una estension de algunas centenas de metros, y por esta abertura se entraba en el corral, hallándose esta del lado por donde la manada de vicuñas debía verse obligada á penetrar.

Luego que estuvieron terminados estos preparativos los indios se dividieron en dos bandos, colocándose á cierta distancia unos de otros en la misma línea que conducía á la pista, de tal manera, que formaban una especie de embudo de dos millas de largo. Colocados así esperaron con paciencia el resultado de la batida de sus compañeros, y la mayor parte de ellos se acostaron sobre el suelo á fin de descansar mejor.

Durante este tiempo los ojeadores procedían á la batida: se hallaban á tan gran distancia que apenas podíamos distinguirlos en lontananza. Esta segunda cuadrilla se había también dividido en dos, y cada una recorría las montañas á fin de levantar la caza. Según mis cálculos habían descrito un radio de cerca de doce millas, y luego que se pusieron en contacto formaron una larga curva, cuyo centro se dirigía hacia la cuerda que formaba el corral.

Avanzaron en esta posición, y por consiguiente todos los animales que pacían sobre los llanos debían verse obligados á precipitarse en este recinto.

El cura me había conducido á la cima de un pico elevado desde donde veíamos cuanto pasaba en la llanura á una distancia muy larga. Poco á poco descubrimos á los que iban á caballo al horizonte extremo de la llanura, y delante de ellos algunos puntos imperceptibles, algunas formas de color rojizo saltando y marchando hacia delante precipitadamente. Eran, á no dudarlo, las vicuñas. Había, ciertamente, varios rebaños y se les veía ir de un lado á otro tratando escaparse de la batida sin saber qué partido tomar. Cada cinco minutos veíamos una manada con el macho á la cabeza, marchando en línea recta, avanzando al galope y después deteniéndose instantáneamente. Luego, como si reflexionaran que el camino era malo, las pobres vicuñas se ponían á galopar en una dirección opuesta. Su magnífico bellón anaranjado, brillando á los rayos del sol, nos permitía distinguirlas á gran distancia.

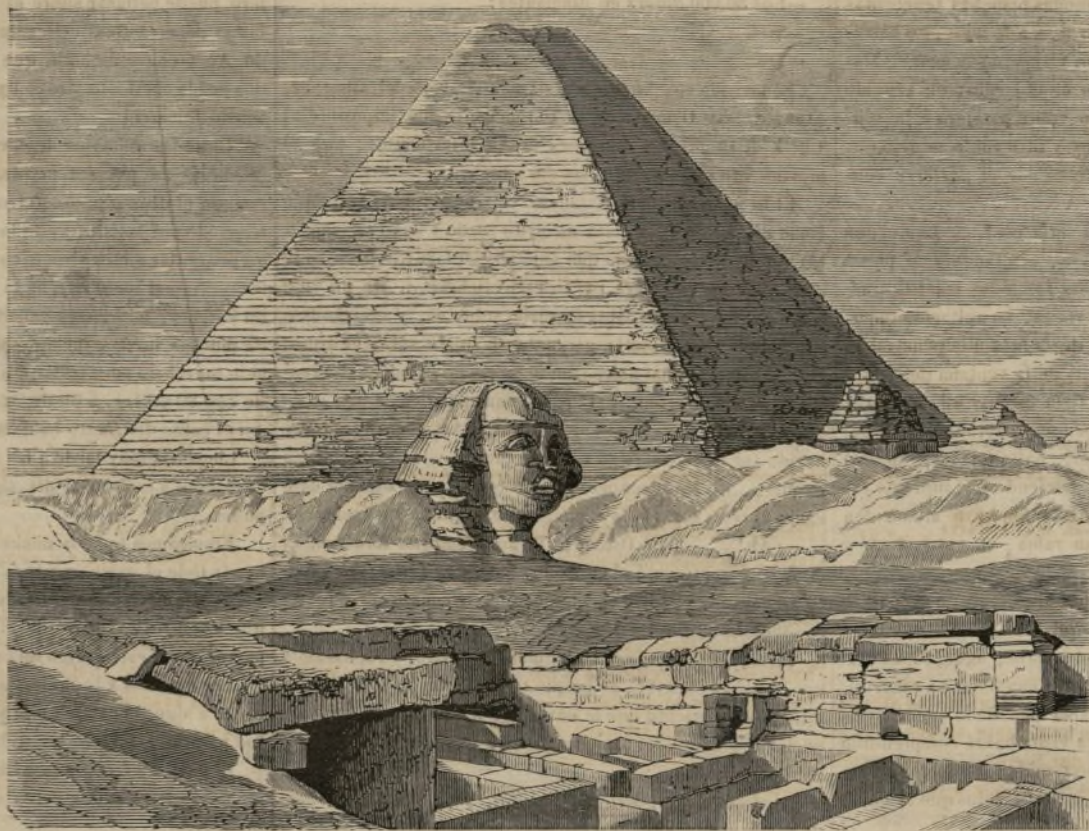
Poco á poco se aproximaron los ojeadores y distinguimos fácilmente á los que iban á caballo reconociendo la llanura en todas direcciones. Oímos sus gritos, el sonido de sus trompas hechas de asta de buey y el ladrado de sus perros. El cura estaba muy contento porque delante de la línea de los cazadores veía saltar numerosas manadas de vicuñas.

—¡Mirad! exclamó en medio de su júbilo. Mirad, señor, uno, dos, tres, cuatro.... cuatro rebaños y de los mas numerosos. ¡Caramba! ¡Jesús!... ¡Ah! dijo de repente. ¡Caramba! ¡Eso malditos guanacos!

Miré con atención hacia el lado que él me indicaba con el dedo, y vi un pequeño rebaño de guanacos que saltaba en el centro de la llanura. No había nada mas fácil que distinguirlos de los demás de su especie, porque no solamente tienen una talla superior, sino también su lana es de un color castaño-oscuro. ¿Qué razón tenía el cura para entregarse á una cólera inexplicable manifestada por algunas maldiciones echadas á los inofensivos cuadrúpedos? Me permití hacerle esta pregunta.

—¡Ah, señor! respondió suspirando. Estos guanacos lo van á echar todo á perder; nuestra caza se ha frustrado ¡caramba!

—¿Pero cómo puede ser esto, señor cura? le dije con una



Vista de la gran pirámide, de la esfinge y de las escavaciones recientemente hechas en Egipto.

sencillez sin igual, persuadido como yo lo estaba de que los guanacos sufrirían la misma suerte que las vicuñas lanzándose también al interior de la pista.

¡Ah! continuó el misionero impacientándose. ¡Estos malditos guanacos son á manera de herejes que todo lo atropellan! ¡Qué perversos animales! No se cuidan de las cuerdas; van á romper todo cuanto se oponga á su paso y harán escapar las vicuñas. ¡Virgen Santísima! ¿Qué va á ser de nosotros?...

No había mas que hacer que esperar el resultado de la cacería; esto es lo que precisamente hicimos, y muy pronto se presentaron á nuestra vista los exploradores estrechando los dos extremos del ángulo.

Las vicuñas, divididas en varios grupos, venían espantadas, no sabiendo qué partido tomar y retrocediendo en el momento que hallaban á algunos pasos de distancia á los hombres y mujeres, y lanzándose bruscamente al lado opuesto.

Había en este círculo cerca de 50 á 60 cuadrúpedos, que diseminados antes formaron poco á poco una masa compacta.

Los guanacos, en número de ocho ó diez, venían mezclados con los de su especie, y después de haber vacilado largo tiempo todos en tropel, guiados por uno de ellos que había descubierto la abertura, penetraron precipitadamente en el centro de la barrera de cuerdas ó corral.

Los cazadores de á pié, acompañados de algunas mujeres, se dirigieron entonces á la entrada del círculo, y con rapidez sin igual clavaron nuevas estacas en tierra, atándolas unas á otras con algunas cuerdas, ornadas igualmente

de trapo; de modo que el recinto quedó cerrado enteramente.

Los cazadores de á caballo se colocaron en el momento alrededor del círculo de cuerda, y después simultáneamente echaron pié á tierra á muy pequeña distancia unos de otros. Cada uno de ellos preparó sus bolas á fin de hallarse dispuestos para la caza, inmediatamente que el corral fuese circunvalado por las mujeres y los niños, cuya asistencia se hacía necesaria para impedir la salida de la caza del recinto.

Se internaron en el centro del círculo los cazadores agitando las bolas alrededor de su cabeza y lanzando repetidos gritos con el fin de darse mutuamente algunos avisos. Las

vicuñas espantadas corrían á derecha é izquierda de los indios. Pronto se diseminaron para reunirse en seguida y dar vueltas después alrededor como lo hacen los caballos en un circo ó en un hipódromo. Describían las curvas mas graciosas que se pueden imaginar.

Las bolas fueron despedidas silbando en el aire, y pocos instantes después se veían sobre la yerba algunas pobres víctimas que caían bramando y haciendo esfuerzos para librarse de la muerte. El golpe de vista era verdaderamente extraño. Por una parte se veía un cazador haciendo remolinos con estas bolas amenazadoras; por otra un indio se dirigía furioso á todo escape contra una vicuña que caía en tierra; otro hincaba su rodilla sobre el cuerpo de uno de estos animales, en cuya garganta clavaba un cuchillo afilado; después, levantándose súbitamente, se dirigía á otra víctima.

Desde el principio de esta lucha sangrienta mi compañero, el cura, halló ocasión de regocijarse con un incidente que le hizo recobrar su habitual jovialidad. Esta feliz circunstancia se debió á una maniobra del célebre cazador del Puna. Los impertinentes animales se habían, sin saber cómo, separado de las vicuñas, y procuraban romper por uno de los lados del corral. Al ver esto el viejo cazador, montando á caballo y dando silbidos á su jauría, persiguió los guanacos. Bien pronto sus perros y su caballo habían dado alcance á los malditos cuadrúpedos: entonces el cazador ordenó á sus compañeros dejar salir los guanacos, y efectivamente en pocos instantes habían roto la valla haciendo pedazos las cuerdas por varios parajes. Mientras los indios reponían la valla, el cazador se mantuvo en primera línea á fin de impedir á las vicuñas salir del recinto.

Los pobres animales, en número de 50, perecieron ó fueron cogidos vivos sin quedar uno. Cada vez que procurando la fuga llegaban á alguna de las estacas y tropezaban con la cuerda, en lugar de flanquear el obstáculo de un solo salto, volvían piés atrás y venían á dar espantadas en manos de sus enemigos.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado, el Secretario, F. MEDINA-VEYIA.

Director y propietario, D. M. PEREZ DE CASTRO.
Editor responsable, D. Jacinto Rodriguez.

MADRID: 1862.—Imp. y Lit. del ATLAS, á cargo de J. Rodriguez, calle de San Bernardino, núm. 7.